

## «PROYECTO HORNACHUELOS»: 1986-1990 (RIBERA DEL FRESNO, BADAJOZ)

ALONSO RODRÍGUEZ DÍAZ

El cerro de Hornachuelos pertenece administrativamente al término municipal de Ribera del Fresno (prov. Badajoz) y su situación geográfica exacta en la hoja núm. 830 del MTN. responde a las coordenadas 38° 31' 40" N, 2° 28' 38" W—M—. Se trata de una destacada elevación que rompe la fisiografía de la zona y cuya cota topográfica máxima alcanza los 465 m. s.n.m. El desnivel medio resultante entre la cima del cerro y el terreno circundante es de 65 m., pero no reviste especiales dificultades de acceso, salvo por su flanco oeste (Fig. 1).

Este lugar fue dado a conocer como yacimiento arqueológico en la bibliografía tradicional de finales del siglo pasado y comienzos del presente por el Marqués de Monsalud (1898) y J. R. Mérida (1925) al ocuparse de una inscripción funeraria de época romana, muy fragmentada y actualmente desaparecida. A pesar de las limitaciones que ofrecía el hallazgo, el Marqués de Monsalud no dudó en relacionar dicha pieza con el epitafio de un tal *Marco Arruntio*, de la tribu *Galeria* y natural de Beja. Según este mismo autor, este monumento funerario habría sido levantado por un liberto agradecido llamado *Lucius Arruntius Crono*. Años más tarde, J. Mallon y T. Marín (1951: 41), recogiendo las observaciones de Hübner sobre la transcripción y lectura realizadas por Monsalud, se harían de nuevo eco de esta lápida en su estudio dedicado a *Las inscripciones publicadas por el Marqués de Monsalud entre 1897 y 1908*.

Prácticamente con estos únicos precedentes, a comienzos de los ochenta, realizamos nuestras primeras visitas al yacimiento con motivo de la elaboración de un estudio sobre la *Arqueología de Tierra de Barros* (Rodríguez Díaz, 1986). Aquellos primeros trabajos, basados exclusivamente en prospecciones de superficie, dieron paso poco tiempo después, debido a incontroladas actuaciones de clandestinos (Gil-Mascarell y Rodríguez, 1988), a la valoración estratigráfica del lugar y a la integración de los resultados obtenidos en un proyecto de investigación más amplio sobre los poblados prerromanos de la Baja Extremadura (Rodríguez Díaz, 1987 y 1989). Dichos trabajos, que se iniciaron en 1986, revelaron muy pronto la existencia en Hornachuelos de un importante núcleo de población de 4-5 Ha. de superficie aproximada y al menos dos necrópolis a escasa distancia del hábitat. Desde un primer momento, advertimos, ante la enorme extensión y complejidad del lugar, la necesidad de elaborar un Proyecto particular de estudio de este conjunto arqueológico sobre el cual ir ajustando nuestras actuaciones a corto, medio y largo plazo. Dicho plan procuró desde un principio no olvidar las posibilidades y medios reales con que se cuentan en este ámbito en la Comunidad Autónoma Extremeña y siempre pretendió ser flexible en la conformación y ejecución de sus objetivos esenciales. Éstos básicamente podrían resumirse en la actualidad en los siguientes puntos:

- 1) Estudio del entorno ecológico y arqueológico de Hornachuelos a través de actuaciones interdisciplinares.
- 2) Análisis secuencial del poblado.
- 3) Estudio del mundo funerario a través de la excavación sistemática de la denominada necrópolis de «El Peñascón».
- 4) Consolidación y restauración del lugar.

Como es fácil imaginar, a medida que hemos ido avanzado en el conocimiento de estos aspectos han ido surgiendo nuevas cuestiones que se están configurando como nuevos apartados y subapartados de estos enunciados principales hasta alcanzar en el momento actual el tupido entramado de

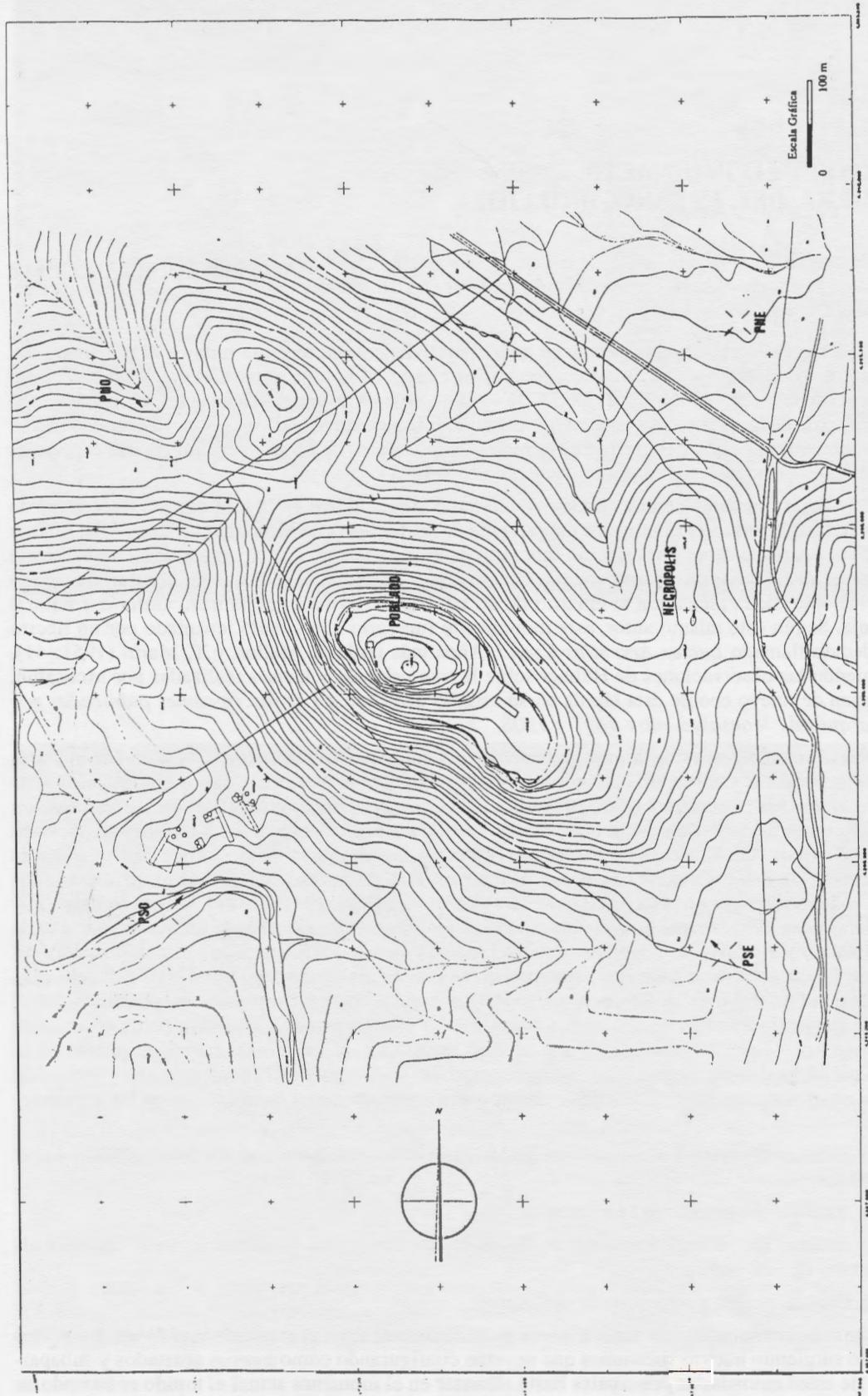


Fig. 1. Hornachuelos. Ribera del Fresno (Badajoz). Levantamiento topográfico.

relaciones inherente a cualquier proceso investigador y que, en nuestro caso particular, se concreta en un cúmulo importante de información sobre la vida, la muerte y las creencias de las gentes que, hace ahora más de dos mil años, habitaron este lugar.

## 1. ESTUDIO DEL ENTORNO ECOLÓGICO Y ARQUEOLÓGICO DE HORNACHUELOS A TRAVÉS DE ACTUACIONES INTERDISCIPLINARES

### 1.1. El entorno ecológico

Dentro de este primer grupo de actuaciones complementarias a nuestra intervención arqueológica en Hornachuelos, una primera aproximación a este interesante apartado fue realizada a través del análisis del área de captación de recursos potenciales de este enclave. Una rápida lectura de los resultados obtenidos evidencia un claro predominio del espacio actualmente dedicado a pastos sobre los terrenos cultivados. La dedicación mayoritaria de éstos se concreta, a su vez, en plantaciones de vid, olivo y cereales por este orden (Fig. 2). Asimismo, hemos de referir la localización de varios yacimientos mineros, alguno de los cuales presenta evidentes signos de explotación antigua. En este sentido, sobresale el llamado Cerro de las Cruces, muy próximo a la localidad de Hornachos y a escamante 4 km. en línea recta de Hornachuelos. Hace algunos años, fue extraído de este lugar de forma incontrolada un lingote de plomo, posiblemente de época romano-republicana (Jiménez, 1990), y nosotros mismos recogimos cerámicas de la misma época en superficie tras la desforestación del lugar (Rodríguez Díaz, 1987).

En este mismo apartado, se encuadran también los análisis palinológicos elaborados con el propósito de reconstruir el paleoambiente de Hornachuelos durante los diversos momentos que fue elegido como asentamiento estable. En este sentido, hemos de referir que durante el período de ocupación más intenso conocido en este lugar, la fase ibero-romana, este espacio debió presentar una imagen no muy diferente a la que muestra actualmente. En función del bajo porcentaje de especies arbóreas y la gran cantidad de *Asteráceas* documentada, todo parece apuntar hacia un paisaje de carácter abierto en cuanto a cubierta vegetal se refiere, debido a la propia naturaleza del medio o bien a la intensa acción antrópica que aquí debió desarrollarse. Estas superficies desarboladas debieron explotarse preferentemente como pastos para el ganado, dejando los pocos terrenos más o menos fértiles para cultivos de cereales. Precisando aún más esta cuestión, puede indicarse que, contrariamente a lo observado en yacimientos de la misma época en el sector oriental de la Península Ibérica, no se detecta en Hornachuelos la presencia de especies arbóreas tan comunes como el castaño, el nogal o la misma vid. Asimismo, resultan no menos sorprendentes los bajos porcentajes de pino y el hecho de que no se constate ni tan siquiera un sólo grano de encina o roble. Todo ello parece subrayar aún más el carácter precario que debió tener la agricultura en esta zona. Por consiguiente, debemos pensar más en otras actividades como la ganadería, la caza o la propia metalurgia del plomo o del hierro como pilares básicos de la actividad económica de Hornachuelos. Finalmente, es preciso señalar que los datos obtenidos de dichos análisis permiten hablar de unas temperaturas medias, de un ambiente templado y unas precipitaciones suficientes (Yll Aguirre, 1991).

A pesar del carácter concluyente que parecen mostrar los resultados obtenidos de estos primeros estudios palinológicos realizados en Hornachuelos, hemos de reconocer que aún resultan necesarios nuevos muestreos en otras zonas del poblado y la contrastación de dichos resultados con los que puedan obtenerse de los análisis antracológicos previstos sobre las maderas carbonizadas recuperadas en la necrópolis de «El Peñascón». Resulta evidente, por tanto, que las posibilidades en este ámbito son todavía muy numerosas y que el trabajo no ha hecho más que comenzar.

### 1.2. El entorno arqueológico

Su conocimiento ha estado basado exclusivamente, hasta el momento, en prospecciones de superficie realizadas de forma selectiva, prestando particular atención a las rutas naturales y cursos fluviales de mayor importancia de la zona: la Cañada Real de Ganados y el río Matachel. Dichos trabajos, desarrollados dentro del nivel o escala macroespacial definido por Clarke (1977), han revelado que el poblado de Hornachuelos forma parte de una ruta N-S que une Andalucía Occidental

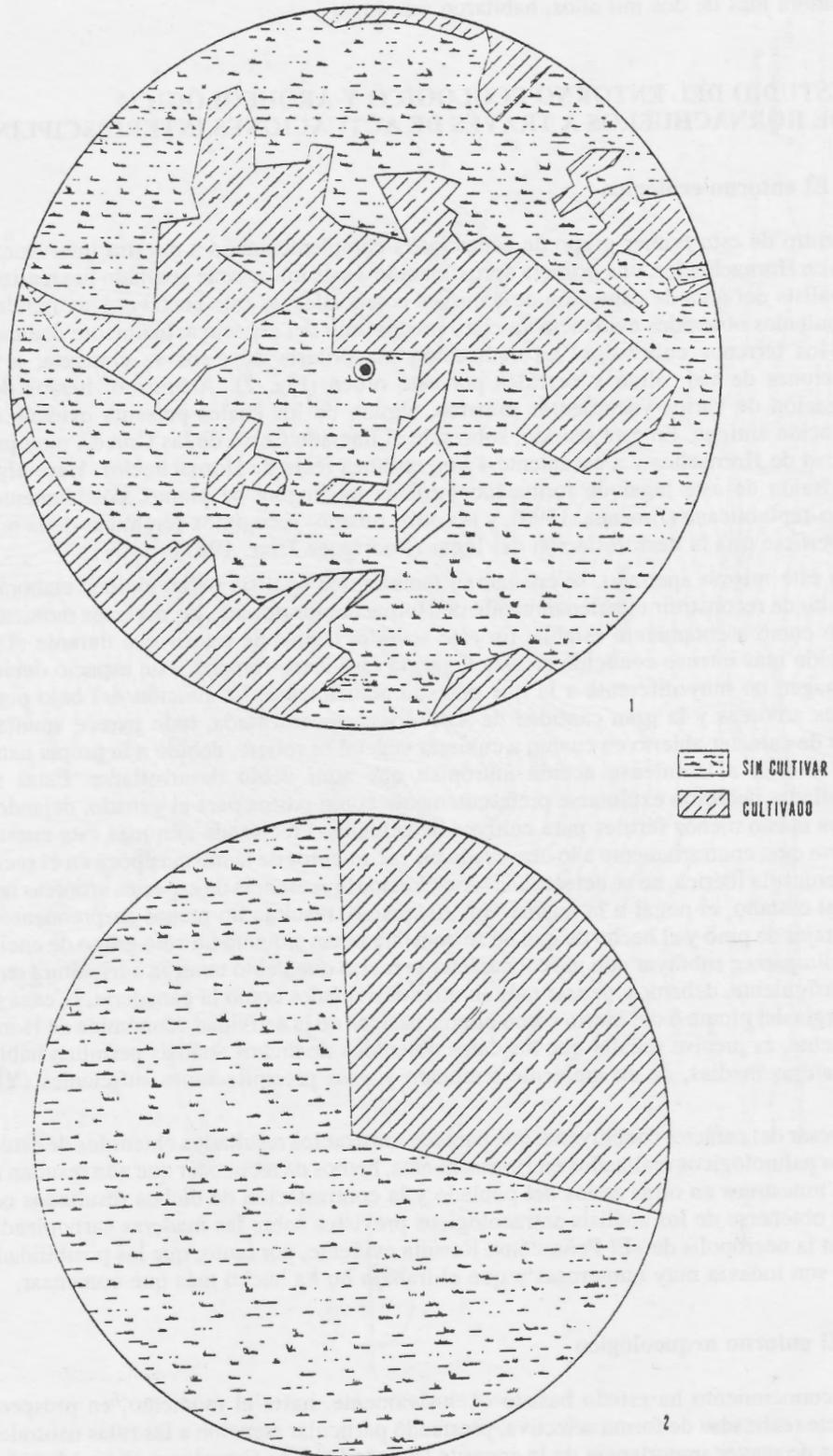
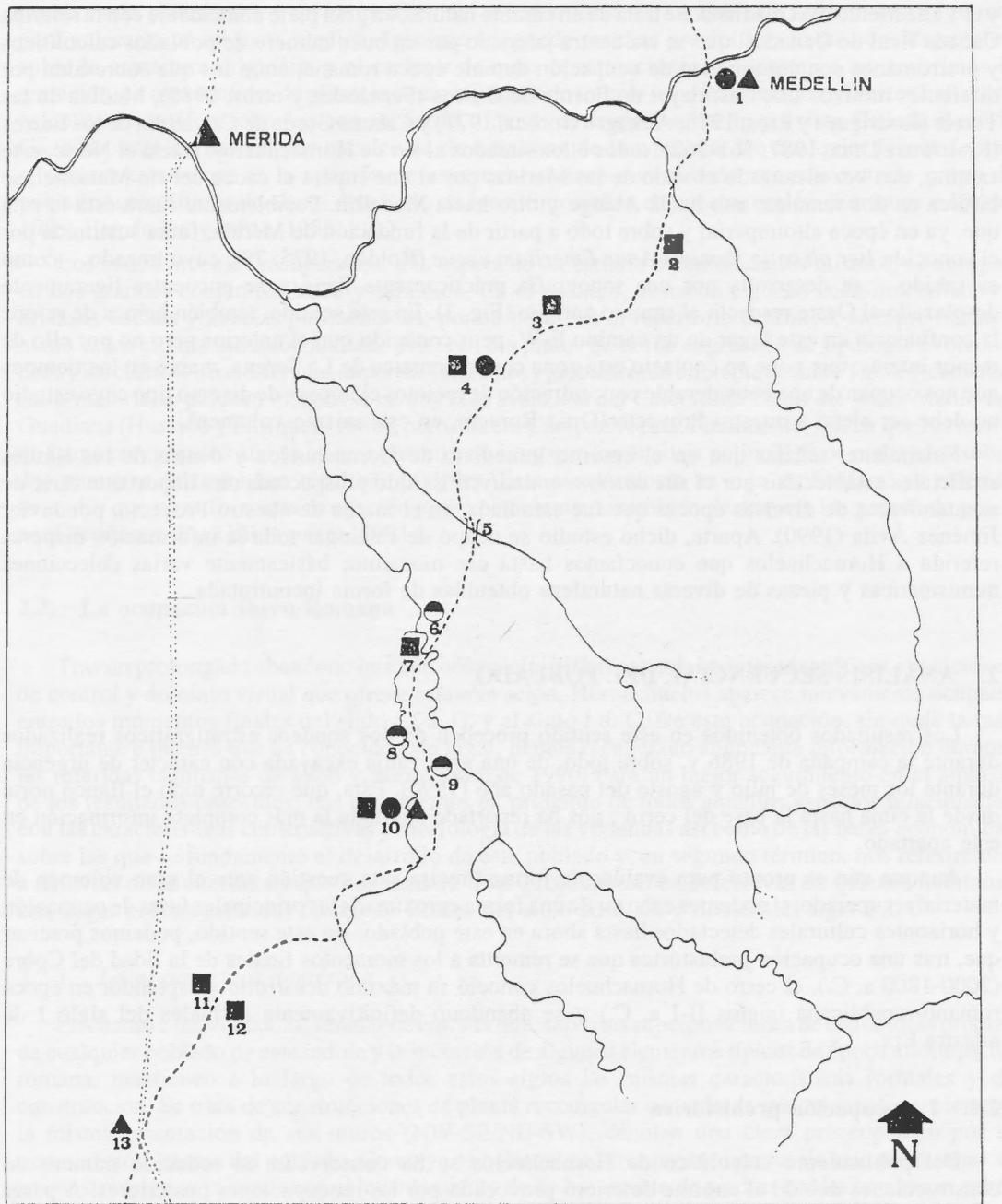


Fig. 2. Aprovechamiento actual en el Area de Captación de recursos de Hornachuelos (S. Jiménez, 1990).



- |                       |                     |
|-----------------------|---------------------|
| ■ CALCOLITICO         | ◐ PEÑON FORTIFICADO |
| ● PRERROMANO          | ▲ NUCLEO ROMANO     |
| ..... VIA DE LA PLATA |                     |

0 10Km

- |  |                                |                                      |
|--|--------------------------------|--------------------------------------|
| 1: Medellín                            | 5 Puente (Palomas)             | 9 Peña de La Mora (Hornachos)        |
| 2 Rodriguillo (D. Benito)              | 6 Solana de Cruces (Hornachos) | 10 Hornachuelos (Ribera del Fresno)  |
| 3 La Sierrecilla (Cristina)            | 7 Bonilla (Hornachos)          | 11 Puerto de La Plata 1 (Los Santos) |
| 4 Sierra de la Oliva (Oliva de Mérida) | 8 El Castillejo (Hornachos)    | 12 Puerto de La Plata 2 (Usagre)     |
|  |                                | 13 Los Cercos (Medina de Las Torres) |

Fig. 3. Poblamiento pre y protohistórico del entorno de Hornachuelos. (S. Jiménez, 1990).

y el Valle Medio del Guadiana. Se trata de un camino natural, en gran parte coincidente con la referida Cañada Real de Ganados, que se encuentra jalonado por un buen número de poblados calcolíticos y prerromanos con continuidad de ocupación durante época romana, entre los que sobresalen por diferentes motivos Los Castillejos de Fuente de Cantos (Fernández y otros, 1988), Medina de las Torres (Rodríguez y Ríos, 1976; Almagro Gorbea, 1977) y Cabeza Gorda de Calzadilla de los Barros (Rodríguez Díaz, 1987: 361-362), todos ellos situados al sur de Hornachuelos. Hacia el Norte, este camino, una vez alcanzado el vado de las Merinas por el que supera el cauce del río Matachel, se bifurca en dos ramales: uno hacia Alange y otro hacia Medellín. Posiblemente fuera ésta la ruta que, ya en época altoimperial y sobre todo a partir de la fundación de Mérida, fuera sustituida por el conocido *Iter ab ostio fluminis Anae Emeritam usque* (Roldán, 1975: 79), cuyo trazado —como es sabido— se desarrolla por una topografía prácticamente llana y se encuentra ligeramente desplazado al Oeste respecto al camino antiguo (Fig. 3). En este sentido, también hemos de referir la confluencia en este lugar de un camino E-W, peor conocido que el anterior pero no por ello de menor interés, que pone en contacto esta zona con la comarca de La Serena, marco en los tiempos que nos ocupan de una considerable concentración de recintos ciclópeos de diverso tipo cuyo estudio no debe ser ajeno a nuestro Proyecto (Ortiz Romero, en este mismo volumen).

Finalmente, señalar que en el entorno inmediato de Hornachuelos y dentro de los límites artificiales establecidos por el *site catchment analysis* ha sido prospectada una importante serie de asentamientos de diversas épocas que fue estudiada, en el marco de nuestro Proyecto, por Javier Jiménez Ávila (1990). Aparte, dicho estudio se ocupó de catalogar toda la información dispersa referida a Hornachuelos que conocíamos hasta ese momento; básicamente varias colecciones numismáticas y piezas de diversa naturaleza obtenidas de forma incontrolada.

## 2. ANÁLISIS SECUENCIAL DEL POBLADO

Los resultados obtenidos en este sentido proceden de dos sondeos estratigráficos realizados durante la campaña de 1986 y, sobre todo, de una gran zanja excavada con carácter de urgencia durante los meses de julio y agosto del pasado año (1990). Ésta, que recorre todo el flanco norte desde la cima hasta la base del cerro, nos ha reportado sin duda la más completa información en este apartado.

Aunque aún es pronto para evaluar de forma precisa esta cuestión ante el gran volumen de material recuperado, sí podemos esbozar de una forma aproximada las principales fases de ocupación y horizontes culturales detectados hasta ahora en este poblado. En este sentido, podemos precisar que, tras una ocupación prehistórica que se remonta a los momentos finales de la Edad del Cobre (2000-1800 a. C.), el cerro de Hornachuelos conoció su máximo desarrollo y esplendor en época romano-republicana (siglos II-I a. C.) y se abandonó definitivamente a finales del siglo I de nuestra Era.

### 2.1. La ocupación prehistórica

Del poblamiento calcolítico de Hornachuelos se ha conservado un reducido número de construcciones debido al enorme deterioro provocado por las reocupaciones posteriores. A pesar de ello, en la zona más elevada del cerro (Corte 0), queda constancia de potentes estructuras de trazado recto que, por su situación y consistencia, parecen pertenecer a construcciones de carácter defensivo. Son estructuras que, aunque reaprovechadas como posibles lugares de hábitat en algún caso concreto, contrastan con la inconsistencia que caracteriza los hallazgos de esta naturaleza durante este período: cabañas o «fondos de cabañas» de planta oval o circular, semisubterráneas y cubiertas con ramajes unidos con pellas de barro.

Concretamente, se trata de varios muros, de trazado recto y dirección NW-SE, realizados indistintamente con piedras de gran tamaño o ripio. Por su carácter rectilíneo, debieron pertenecer indiscutiblemente a construcciones de planta angular, si bien también están presentes restos de un muro de cierre semicircular que aprovecha en su recorrido la roca natural. Este muro encierra un posible solado de barro que fue endurecido por el fuego que puso fin, en un momento aún sin determinar, a esta ocupación prehistórica (Fig. 4). Todo este complejo arquitectónico calcolítico parece articularse en dos fases constructivas bien definidas, según se desprende de una consulta

rápida de la planimetría y de los perfiles del referido Corte 0, aunque este aspecto aún es pronto para valorarlo en su justa medida. Igualmente, puede resultar precipitado hacer consideraciones sobre la estructura originaria y el carácter de estas construcciones. No obstante, no resistimos la tentación, en este sentido, de plantear como hipótesis de trabajo la posible relación de estos hallazgos calcolíticos de Hornachuelos con un fortín o punto de control sobre la próxima Cañada Real de Ganados, camino natural por excelencia de esta zona de la comarca. De cualquier forma, lo que sí parecer estar clara es la relación de este asentamiento con el cada vez más nutrido grupo de poblados calcolíticos de altura detectado en los últimos años en nuestra región (Enríquez e Iñesta, 1985; Fernández y otros, 1986, etc.)

Los restos muebles recuperados, a la espera de un estudio detenido de los mismos, se agrupan en dos grandes conjuntos: lítico y cerámico. En el primero, destacan algunos cuchillos tallados y diversas hachas y azuelas pulimentadas; por su parte, en el repertorio cerámico, siempre hecho a mano salvo alguna intrusión aislada, destacan los platos de borde engrosado de tipología evolucionada y los cuencos hemiesféricos, de paredes entrantes y globulares de diferente tamaño. Tipológicamente, estos materiales parecen integrarse en una fase avanzada del Calcolítico Pleno del Valle Medio del Guadiana (Hurtado y Enríquez, 1986), pero aún sin Campaniforme. Finalmente, referir que los restos de fauna recuperados aún se encuentran en estudio y que los análisis palinológicos realizados sobre dos muestras de tierra han resultado estériles. Esta circunstancia ha sido atribuida al ya referido incendio que puso fin a esta ocupación y que posiblemente también destruyera los granos de polen aquí sedimentados (Yll Aguirre, 1991).

## 2.2. La ocupación Íbero-Romana

Tras un prolongado abandono que aún nos resulta difícil entender por las magníficas condiciones de control y dominio visual que ofrece esta elevación, Hornachuelos aparece nuevamente ocupado entre los momentos finales del siglo III a. C. y el siglo I d. C. De esta ocupación, sin duda la más importante e intensa que ha conocido este lugar, hemos recuperado abundante información durante las referidas campañas de 1986 y, sobre todo, de 1990. Para un mejor seguimiento en el análisis de los resultados obtenidos, nos ocuparemos en principio de todos aquellos aspectos relacionados con las características constructivas y morfología de las viviendas así como de las bases económicas sobre las que se fundamentó el desarrollo de este poblado y, en segundo término, nos referiremos a aquellas otras cuestiones que nos remiten a las preocupaciones defensivas de quienes habitaron este lugar por las referidas fechas de finales del siglo III a. C. y finales del siglo I d. C.

### 2.2.1. La arquitectura doméstica

En cuanto a las viviendas, señalar de entrada que, salvo las superposiciones de estructuras propias de cualquier poblado de esta índole y la inclusión de algunos elementos típicos de época altoimperial romana, mantienen a lo largo de todos estos siglos las mismas características formales y de construcción. Se trata de construcciones de planta rectangular o cuadrada que, al mantener siempre la misma orientación de sus muros (NW-SE/NE-SW), denotan una clara preocupación por la organización interna del poblado. Como ya es habitual en otros asentamientos de esta misma época, su construcción se iniciaría con el levantamiento de un basamento de piedras unidas con barro, sobre el que se situaría un paramento de adobe o tapial que, tras su derrumbe y descomposición, formarían los estratos de naturaleza arcillosa que hoy ocultan la propia cimentación de las viviendas. La techumbre, en un primer momento, sería de ramajes y maderas. A partir de época imperial, comenzaría a generalizarse en este lugar la utilización de la tégula y del ladrillo como nuevos elementos de construcción.

Debido a la reducida extensión del espacio excavado, no hemos podido determinar la superficie real de estas viviendas ni el número de estancias o departamentos que poseían. A pesar de ello, sí hemos podido comprobar que en el interior de dichas habitaciones existieron hogares formados por capas alternas de barro y cenizas, piedras de molino y bancos de adobe que, en su conjunto, nos hablan de las diferentes actividades realizadas en cada una de estas dependencias. El suelo de las viviendas, según se desprende de los últimos trabajos, también fue muy simple y nunca planteó problemas técnicos; consistía en una simple capa de barro o pizarra machacada, un irregular empedrado o, en el mejor de los casos, un enlosado de lajas de piedra (Fig. 4).



Pero, aparte de los restos constructivos, hemos de referirnos brevemente también a la abundancia de restos cerámicos y óseos recuperados en las viviendas de Hornachuelos. Respecto al material cerámico, señalar que en líneas generales no es de gran calidad técnica y se encuentra muy fragmentado. A través de él, puede advertirse claramente la desintegración de la cultura material que caracterizó la Edad del Hierro en la Baja Extremadura ante la creciente presencia de los tipos cerámicos romanos. De esta forma, aparte de las cerámicas calcolíticas con un claro carácter intrusivo, los recipientes cerámicos realizados a mano, propios de la tradición indígena y tan bien representados en yacimientos tan próximos como la Ermita de Belén de Zafra (Rodríguez Díaz, 1990), La Pepina de Fregenal de la Sierra (Rodríguez y Berrocal, 1988) y Capote de Higuera la Real (Berrocal, 1988), entre otros, prácticamente están ausentes. Asimismo, en proporción decreciente, se encuentran las cerámicas pintadas y grises, si bien se mantienen los influjos meridionales a través de ciertas ánforas de tradición ibero-púnica. Los restos cerámicos más frecuentes son los de uso común que, aunque mantienen a veces los criterios de fabricación indígena, paulitamente son desplazados por las cerámicas romanas. En este sentido, destacar la presencia en un primer momento de las cerámicas de barniz negro (Campaniense) en sus distintas variantes A y B, paredes finas y la producción común propia de los siglos II-I a. C. Posteriormente, junto al más acusado enrarecimiento de las cerámicas de tradición indígena y la desaparición de los tipos republicanos, se hacen presentes la *terra sigillata hispánica* y otros productos típicos de época imperial. Entre éstos, destacan fíbulas, monedas y algunos objetos de bronce aún en estudio.

Por su parte, los restos óseos —como es bien sabido— constituyen un informador de primer orden acerca de la dieta alimenticia de aquellas gentes y, por consiguiente, de la importancia y naturaleza de la ganadería practicada en aquellas fechas. El estudio de una pequeña muestra ósea revela la presencia destacada de ovicaprinos, si bien también están presentes el buey, el cerdo y animales producto de la caza como el ciervo y el conejo, entre otros. Como ha quedado reflejado a través de los análisis palinológicos, la agricultura debió tener un carácter secundario. Pero si importantes fueron las actividades agropecuarias, no menos importantes debieron ser las actividades minero-metalúrgicas, según se desprende de piezas (azadas, balas de honda, pequeños lingotes, ponderales, etc.) y numerosos restos de escorias de fundición de hierro y plomo, recuperados recientemente. Probablemente, dicha actividad debe ponerse en relación directa con la puesta en valor, durante los siglos II-I a. C., por parte de los romanos de territorios mineros tan próximos como La Serena, la comarca de Azuaga-Llerena y el noroeste de la provincia de Córdoba (Domergue, 1970 y 1987). Dentro de esta fase de indiscutible expansión económica y como un claro reforzamiento del patrón de asentamiento indígena, entendemos debe situarse el importante número de construcciones ciclópeas que se concentra de forma particular en la comarca de La Serena (Ortiz Romero, en este mismo volumen).

### 2.2.2. *La arquitectura defensiva*

Por otra parte, como ya hemos comentado, la campaña de 1990 proporcionó resultados muy relevantes en relación con la arquitectura militar erigida en Hornachuelos durante los dos o tres siglos que anteceden al cambio de Era. Cifniéndonos al registro arqueológico documentado recientemente en este yacimiento, hay que destacar, en orden de antigüedad, el descubrimiento de un foso excavado en la roca y de perfil en U y una doble línea amurrallada, posterior, muy arrasada y de rápida construcción. La primera de estas obras, el foso, se sitúa a media ladera del cerro y su construcción parece relacionarse con la fase republicana del poblado; es decir, comienzos del siglo II a. C. e incluso fines del siglo III a. C. Dicha subestructura debió marcar por el flanco norte, en todo momento, el perímetro máximo del poblado, ya que al exterior de la misma no hemos encontrado restos constructivos de ningún tipo. Su anchura alcanza los 5 m. y su profundidad gira en torno a los 2 m., si bien estas proporciones se incrementaron artificialmente con sendos terraplenes, situados a los lados del referido foso y formados con la tierra y el cascajo de pizarra extraído en su excavación. Dichos terraplenes fueron contenidos entre dos muretes de piedra y adobe, de anchura variable, para paliar en lo posible el deslizamiento y la inevitable erosión por gravedad del propio relleno (Fig. 5). Sin duda, se trata de una importante obra defensiva que pudo estar complementada por otras construcciones en este u otro sector del poblado que, por ahora, desconocemos. Ni que decir tiene que éste es un sistema de defensa fácil de construir con un personal poco especializado y, en parte, justifica la existencia de otras obras similares en este mismo asentamiento que aún son visibles (aljibes).



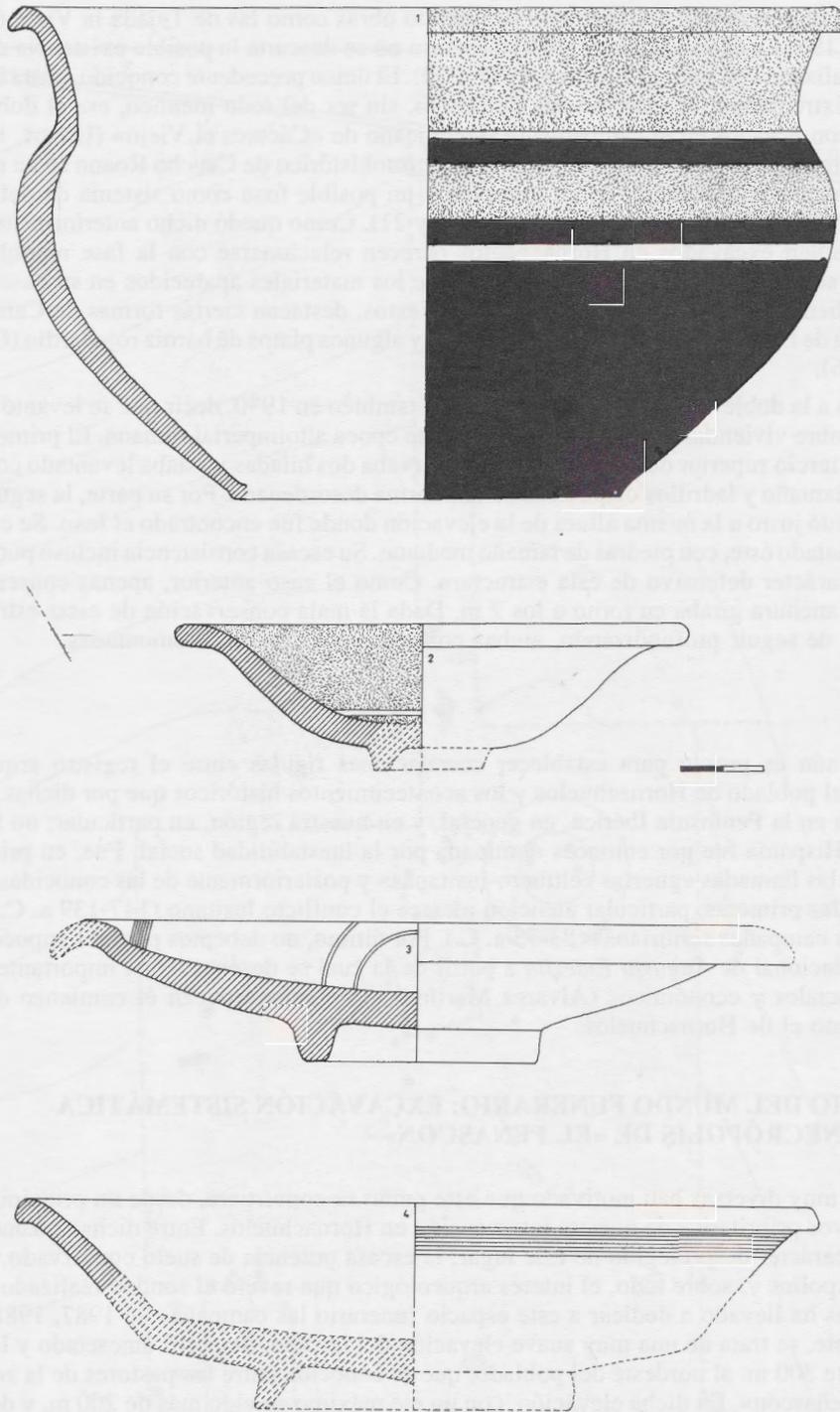


Fig. 6. Formas cerámicas representativas del fondo del foso.

Como es sabido, estas fortificaciones de tierra, aunque con multitud de variantes regionales, se encuentran ampliamente documentadas en los poblados protohistóricos de Europa Central y Occidental (Audoze y Buchsenschutz, 1989). Además, constituyeron el sistema de defensa primitivo que los romanos definieron como *agger et fossa*, que utilizaron en la misma Roma como refuerzo de los llamados Muros Servianos (Moretti, 1963: 265) y, posteriormente, difundieron en sus obras campamentales (Schulten, 1914-1929). Aunque de cronología y morfología distintas, en el cuadrán-

te suroccidental peninsular destacan en este sentido obras como las de Tejada la Vieja (Blanco y Rothenberg, 1981) y Osuna (Corzo, 1977) e incluso no se descarta la posible existencia de «fosos, agger y empalizada» en Itálica (Jiménez, 1977: 230). El único precedente conocido, hasta hace poco tiempo, en Extremadura de este sistema defensivo, sin ser del todo idéntico, era el doble foso y terraplenes conservados en el campamento republicano de «Cáceres el Viejo» (Ulbert, 1984). No obstante, recientemente también en el yacimiento protohistórico de Cancho Roano se ha documentado parcialmente la utilización de un terraplén y un posible foso como sistema de delimitación en el sector N (Celestino y Jiménez, e. p. figs. 13 y 21). Como quedó dicho anteriormente, el foso y doble terraplén excavados en Hornachuelos parecen relacionarse con la fase republicana del poblado por su propia tipología y la de algunos de los materiales aparecidos en su base. Aunque todavía pendientes de un estudio definitivo, entre éstos, destacan ciertas formas de Campaniense A (28 a y 36 a de Lamboglia) (Beltrán Lloris, 1990) y algunos platos de barniz rojo tardío (Cuadrado, 1969) (Fig. 6).

Respecto a la doble línea amurallada detectada también en 1990, decir que se levantó de forma apresurada sobre viviendas anteriores, quizá durante época altoimperial romana. El primer recinto, situado en el tercio superior del cerro, apenas conservaba dos hiladas y estaba levantado con piedras de diferente tamaño y ladrillos dispuestos de una forma desordenada. Por su parte, la segunda línea murada se situó justo a la misma altura de la elevación donde fue encontrado el foso. Se construyó, una vez colmatado éste, con piedras de tamaño mediano. Su escasa consistencia incluso podría poner en duda el carácter defensivo de esta estructura. Como el caso anterior, apenas conservaba dos hiladas y su anchura giraba en torno a los 2 m. Dada la mala conservación de estas estructuras y la necesidad de seguir profundizando, ambas construcciones fueron desmontadas.

\* \* \*

Aunque aún es pronto para establecer correlaciones rígidas entre el registro arqueológico obtenido en el poblado de Hornachuelos y los acontecimientos históricos que por dichas fechas se desarrollaron en la Península Ibérica, en general, y en nuestra región, en particular; no hemos de ignorar que Hispania fue por entonces dominada por la inestabilidad social. Fue, en principio, el escenario de las llamadas «guerras celtíbero-lusitanas» y posteriormente de las conocidas «guerras civiles». De las primeras, particular atención merece el conflicto lusitano (147-139 a. C.) y de las segundas, las campañas sertorianas (83-73 a. C.). Por último, no debemos perder tampoco de vista la fecha fundacional de *Augusta Emerita* a partir de la cual se desencadenan importantes acontecimientos sociales y económicos (Alvarez Martínez, 1985) que marcan el comienzo del fin de poblados como el de Hornachuelos.

### 3. ESTUDIO DEL MUNDO FUNERARIO: EXCAVACIÓN SISTEMÁTICA DE LA NECRÓPOLIS DE «EL PEÑASCÓN»

Razones muy diversas han motivado que este punto se convirtiera, desde un principio, en uno de los objetivos prioritarios de nuestra intervención en Hornachuelos. Entre dichas razones, cabría remarcar el carácter desprotegido de este lugar, la escasa potencia de suelo conservado, el miedo a posibles expolios y, sobre todo, el interés arqueológico que reveló el sondeo realizado en 1986. Todo ello nos ha llevado a dedicar a este espacio funerario las campañas de 1987, 1988 y 1989. Concretamente, se trata de una muy suave elevación del terreno, de perfil amesetado y localizada a escasamente 300 m. al nordeste del poblado, que es conocida entre los pastores de la zona como «Cerro del Peñascón». En dicha elevación, con un eje máximo de algo más de 200 m. y definiendo un suave arco, prospectamos a finales de 1985 hasta diez posibles construcciones tumulares de diverso tamaño, de las que finalmente fueron confirmadas como tales siete y tan solo dos excavadas en su totalidad (las núms. 4 y 5 de nuestro registro particular) (Fig. 7).

Con las reservas lógicas que nos impone el estudio definitivo del material, los resultados obtenidos hasta el momento pueden resumirse en la constatación de grandes construcciones tumulares de planta diversa (rectangular, cuadrada o circular) a las que se asocia un número variable de tumbas de distinto tipo y de carácter secundario. Asimismo, desde el punto de vista cronológico-cultural, se advierte la existencia de una estratigrafía horizontal a través de la cual pueden apreciarse los cambios rituales que se plasmaron en este lugar a partir de época altoimperial romana.

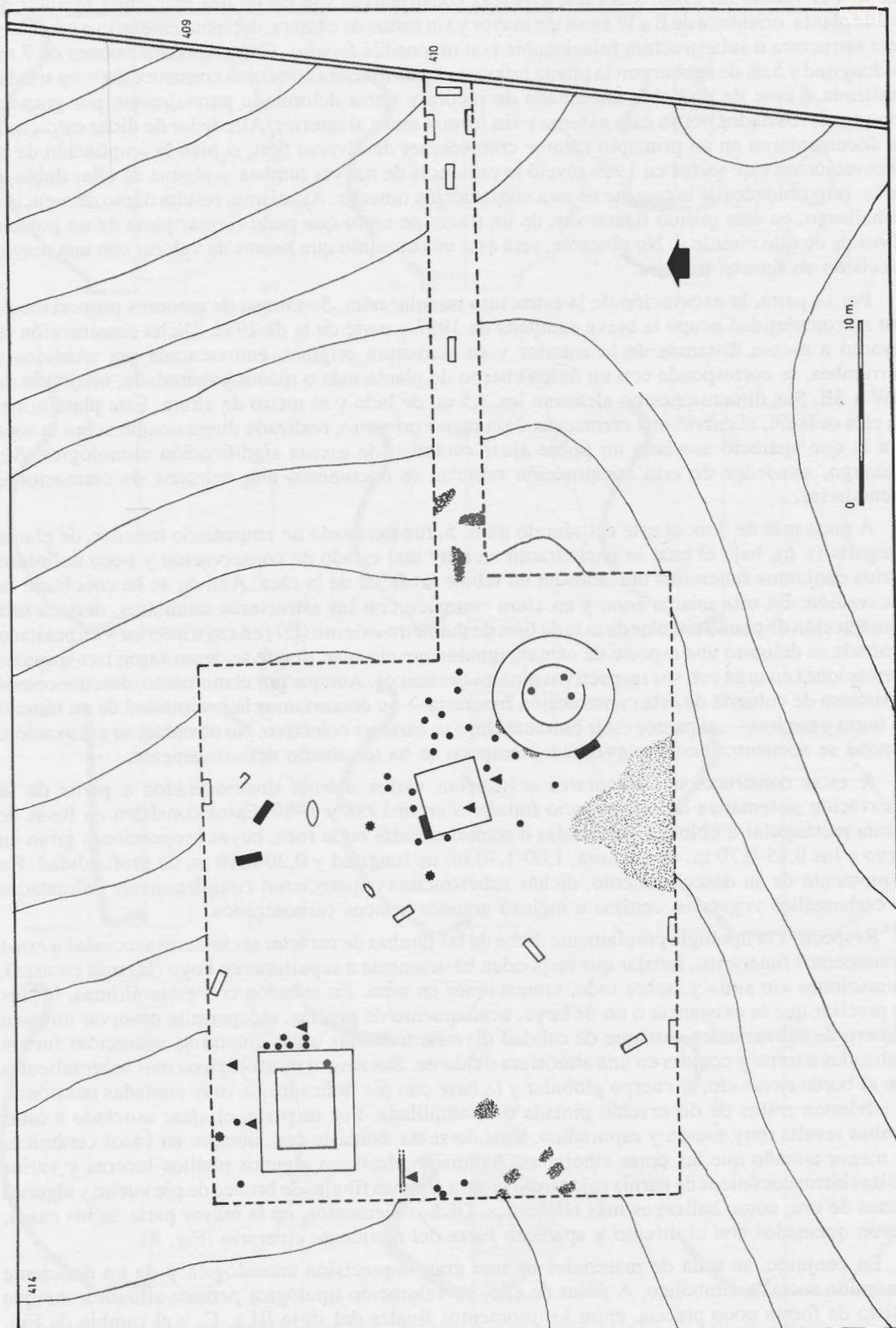


Fig. 7. Planta-croquis de la necrópolis de «El Peñascón».

La primera de estas construcciones tumulares, la núm. 4, fue excavada con carácter de sondeo durante el verano de 1986. Sus características constructivas son las de una estructura tumular de doble planta, orientada de E a W en su eje mayor y sin restos de cámara, depósito cinerario o cualquier otra estructura o subestructura relacionable con un posible *loculus*. Con unas dimensiones de 7 m. de longitud y 5 m. de anchura en la planta inferior, se nos muestra como una construcción muy sólida, realizada a base de un doble encachado de piedra y tierra delimitado parcialmente por grandes bloques desbastados por su cara externa y sin formar muro al interior. Alrededor de dicha estructura se documentaron en un principio catorce cremaciones de diverso tipo, si bien la ampliación de la excavación en este sector en 1989 reveló la presencia de nuevas tumbas —alguna de ellas doble— en las proximidades de la cara sur de esta construcción tumular. Asimismo, resulta digno de mención el hallazgo, en este mismo flanco sur, de un tramo de muro que pudo formar parte de un posible *témenos* de este túmulo 4. No obstante, será ésta una cuestión que hemos de valorar con una mayor precisión en futuros trabajos.

Por su parte, la excavación de la estructura tumular núm. 5, aunque de menores proporciones, por su complejidad ocupó la breve campaña de 1987 y parte de la de 1988. Dicha construcción se levantó a escasa distancia de la anterior y su estructura original, enmascarada por añadidos y derrumbes, se corresponde con un único cuerpo de planta más o menos cuadrada, orientado de NW a SE. Sus dimensiones no alcanzan los 3,5 m. de lado y el metro de altura. Esta plataforma, en esta ocasión, sí cubrió una cremación de carácter primario, realizada directamente sobre la roca y a la que apareció asociada un pobre ajuar cerámico de escasa significación cronológica. Sin embargo, alrededor de esta construcción tumular se documentó una veintena de cremaciones secundarias.

A poco más de 3 m. al este del túmulo núm. 5, fue excavado un empedrado tumular, de planta irregular (t. 6), bajo el cual se encontraron en muy mal estado de conservación y poco definidos varios conjuntos funerarios ubicados en un rebaje artificial de la roca. Aún no se ha concluido su excavación. En esta misma zona y en clara conexión con las estructuras tumulares, destaca una construcción de planta circular de más de 6 m. de diámetro externo (t. 7) en cuyo interior y en posición centrada se delimitó una especie de cámara igualmente circular, donde se depositaron tres o cuatro cremaciones en urna con sus respectivos ajuares cerámicos. Aunque por el momento, desconocemos el sistema de cubierta de esta construcción funeraria —no descartamos la posibilidad de un túmulo de tierra y piedras—, sí parece estar bastante claro su carácter colectivo. No obstante, su excavación, aunque se encuentra bastante avanzada, tampoco se ha terminado definitivamente.

A estas construcciones tumulares se asocian varios *ustrina* documentados a partir de la excavación sistemática de este espacio funerario entre 1988 y 1989. Éstos consisten en fosas de planta rectangular u oblonga, excavadas o semiexcavadas en la roca, cuyas proporciones giran en torno a los 0,65-0,70 m. de anchura, 1,60-1,70 m. de longitud y 0,20-0,40 m. de profundidad. En el momento de su descubrimiento, dichas subestructuras aparecieron completamente colmatadas de carboncillos vegetales, cenizas e incluso grandes troncos carbonizados.

Respecto a la tipología propiamente dicha de las tumbas de carácter secundario asociadas a estos monumentos funerarios, señalar que responden básicamente a sepulturas en hoyo (las más escasas), cremaciones «in situ» y, sobre todo, cremaciones en urna. En relación con estas últimas, hemos de precisar que la existencia o no de hoyo, acañamiento de piedras, etc. permite observar un buen número de subvariantes. Aunque de calidad diversa, todas las urnas cinerarias aparecidas fueron realizadas a torno y cocidas en una atmósfera oxidante. Sus rasgos morfológicos más sobresalientes son el borde exvasado, el cuerpo globular y la base con pie indicado. En muy contadas ocasiones, se advierten restos de decoración pintada o estampillada. Por su parte, el ajuar asociado a estas tumbas resulta muy escaso y esporádico. Cuando se da, consiste casi siempre en vasos cerámicos de menor tamaño que las urnas cinerarias. Asimismo, destacan algunos platitos-lucerna y varios vasitos bitroncocónicos de barniz rojo tardío junto a algunas fíbulas de bronce de pie vuelto y algunos nazms de oro, como hallazgos más relevantes. Dichos elementos, en la mayor parte de los casos, fueron quemados con el difunto y aparecen fuera del recipiente cinerario (Fig. 8).

En conjunto, se trata de materiales de una gran imprecisión cronológica y de un deficiente contenido social o simbólico. A pesar de ello, su valoración tipológica permite situarlos, aunque insisto de forma poco precisa, entre los momentos finales del siglo III a. C. y el cambio de Era. Tan solo algunos fragmentos muy rodados de Campaniense A aparecidos entre las tierras de relleno de alguna construcción tumular o en superficie permiten centrar algo más estas fechas.



Pero, sin duda alguna, de toda esta serie de hallazgos son precisamente las construcciones tumulares las más relevantes y las que mayores problemas interpretativos plantean. En este sentido, hemos de señalar que tradición y relaciones culturales son los principales puntos de referencia que guían nuestro estudio actualmente (Rodríguez Díaz, 1989). No obstante, no por ello dejamos de ser partícipes de la confusión e incertidumbre que genera el gran vacío informativo existente sobre el mundo funerario en toda la Hispania Republicana. Efectivamente son muy pocas las necrópolis conocidas de época republicana que puedan calificarse como auténticamente romanas; en cambio, son muchas las necrópolis ibéricas que ofrecen entre sus ajuares materiales romanos (Abad, 1987: 621). Entendemos que la necrópolis de Hornachuelos, aunque situada en un marco geográfico escenario de unas relaciones culturales muy distintas a las dominantes en la periferia peninsular, debe valorarse en esta línea. Es decir, un conjunto funerario de componente esencialmente indígena dentro de un período de creciente presencia romana como ya hemos podido comprobar en el poblado.

En este mismo sentido parecen apuntar las consideraciones de carácter contextual que comienzan a extraerse de la organización espacial de este núcleo funerario. De este modo, hemos de llamar la atención una vez más sobre las particulares concentraciones de tumbas de carácter secundario que se detectan en torno a cada una de las construcciones tumulares analizadas; sin embargo, a medida que nos alejamos de ese lugar central o epicentro que marcan dichas estructuras, las tumbas se hacen más escasas. Aunque todavía es pronto para asegurarlo de una forma rotunda, ni que decir tiene que resulta enormemente sugerente la posibilidad de que dichas concentraciones de sepulturas constituyan verdaderos círculos funerarios surgidos alrededor de la entidad y posible jerarquía simbolizadas en las referidas construcciones tumulares. Éstas muy bien pudieron constiuir indistintamente monumentos, tumbas o cenotafios erigidos a personajes relevantes o a una simple idea. Todo ello, tal vez, pudiera ser el reflejo —aunque ya tardío— de ciertas formas de organización suprafamiliar de las comunidades indígenas que ocuparon nuestra región antes de la llegada de los romanos. Sin embargo, la ya aludida imprecisión cronológica, la reducida superficie excavada y los propios problemas que hoy tiene planteados la investigación de estas cuestiones en la Hispania Antigua (Albertos, 1975; González, 1986; Salinas, 1986, etc.) nos obligan una vez más a ser cautos.

En este mismo espacio funerario, pero alejadas de estas concentraciones funerarias, hay que señalar la presencia de una importante serie de tumbas tipológica y cronológicamente diferentes a las anteriores. Se trata de auténticos *bustae* o sepulturas excavadas en la roca en las que se llevó a cabo la cremación y posterior cubrición de los restos resultantes con tierra y piedras de diferente tamaño. Contrariamente a la pobreza del ajuar que definía las tumbas asociadas a los túmulos, en estas nuevas sepulturas las ofrendas resultan muy abundantes y cronológicamente nos remiten ya a época imperial romana. Vidrios, sigillatas, paredes finas, cerámicas comunes, armas, etc. forman parte de un tipo de tumba que, sin duda alguna, subrayó la personalidad y prestancia del difunto y desplazó definitivamente el carácter colectivo e igualitario dominante en una etapa inmediatamente anterior. Todos estos elementos se depositaron en la tumba una vez concluida la cremación y, en ocasiones, se protegieron con piedras y/o *tegulae* a dos aguas, pero sin constituir las habituales tumbas de *tegulae* romanas. Esto ha permitido que buena parte de estos hallazgos se encuentren en un aceptable estado de conservación, si bien algunos de ellos precisaron de un laborioso proceso de consolidación y posterior restauración.

Como puede entreverse a través de esta sintética visión de cuatro campañas de trabajo ininterrumpido en la necrópolis de «El Peñascón», nos encontramos ante un espacio de un manifiesto interés científico en el que se ha plasmado no sólo un ritual funerario rico en formas y matices sino también su evolución a lo largo del tiempo y los cambios que se desencadenan en la sociedad indígena a partir de la llegada y afianzamiento posterior de los romanos.

#### 4. CONSOLIDACIÓN Y RESTAURACIÓN

Aunque nuestro planteamiento de actuación en Hornachuelos contempló desde un primer momento una acción coordinada y paralela a nuestra intervención arqueológica, hemos de reconocer que las únicas actuaciones en este sentido se resumen a la consolidación de algunas estructuras en el poblado y a la consolidación y restauración parcial de las estructuras túmulares 4 y 5. Queda, por tanto, mucho que hacer en este terreno si realmente se busca la puesta en valor de lugares como éste que gozan de buenas condiciones de acceso y grandes posibilidades de ser convertidos en auténticos museos-sitio.

Aunque rápida y todavía incompleta, esta valoración de los trabajos realizados durante estos cinco años en el cerro de Hornachuelos resulta suficiente para hacernos una idea de la dificultad y complejidad que encierra el estudio de este conjunto arqueológico que, como ya hemos referido en ocasiones anteriores, se nos presenta como uno de los lugares clave para valorar en su justa medida el contacto y la evolución entre dos tradiciones culturales diferentes: la indígena y la romana; en suma, el proceso cultural que todos conocemos como Romanización.

En este sentido, los trabajos realizados en el poblado evidencian, aparte de una temprana ocupación prehistórica, un especial desarrollo y expansión de este lugar durante época romano-republicana, si bien sus orígenes parecen ser algo anteriores y su abandono definitivo no se produjo hasta finales del siglo I o comienzos del II d. C. Sin duda, el gran valor estratégico de esta elevación y el potencial de recursos agropecuarios y minero-metalúrgicos de esta zona debieron ser razones capitales para la ocupación de este enclave. De cualquier forma, los obtenidos hasta el momento son resultados muy parciales que afectan a sectores muy concretos de un espacio habitable que roza las 5 Ha. de extensión. Extrapolarlos sería, por tanto, un gran error por nuestra parte. Cuestiones como el urbanismo y su evolución, la diversidad de los sistemas de defensa empleados y la hidráulica, entre otras, constituyen sólo meros apuntes de las posibilidades de estudio que brinda este lugar en el futuro.

Aunque también muy parcial, un mayor conocimiento poseemos del mundo funerario a partir de la excavación sistemática de la necrópolis de «El Peñascón». Ésta, por sus propias características y por su situación geográfica en el marco peninsular puede configurarse como un punto de gran interés para comprender y valorar en su justa medida la riqueza, la complejidad y evolución de las fórmulas funerarias indígenas en los últimos siglos del I milenio a. C. A pesar de la imprecisión de sus límites cronológicos, resulta clara su correlación estratigráfica con las fases de mayor desarrollo del poblado.

En términos generales, éste es el balance que puede realizarse de las cinco primeras campañas de excavación realizadas en el enclave arqueológico de Hornachuelos. Como puede comprobarse, es una valoración con un carácter necesariamente provisional y susceptible de ser modificada a partir de futuros trabajos.

## BIBLIOGRAFÍA

- ABAD CASAL, L. (1987): «La cultura material y el arte romano-republicano en Hispania». En *Historia General de España y América, I-2*. 595-656.
- ALBERTOS FIRMAT, M. L. (1975): «Organizaciones suprafamiliares en la Hispania Antigua». *Studia Archaeologica*, 37.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1977): «El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura». *BPH.*, XIV. Madrid.
- ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J. M. (1985): «El tiempo antiguo». *Historia de Extremadura, I*. Badajoz. 101-181.
- AUDOUZE, F. et BUCHSENSCHUTZ, O. (1989): *Villes, villages et campagnes de l'Europe celtique*. Hachette.
- BELTRÁN LLORIS, M. (1990): *Guía de la cerámica romana*. Zaragoza.
- BERROCAL RANGEL, L. (1988): *Excavaciones en Capote (Beturia Céltica), I*. Serie Nertobriguense, I. Fregenal de la Sierra.
- BLANCO FREIJEIRO, A. y ROTHENBERG, B. (1981): *Exploración arqueometalúrgica de Huelva*. Barcelona.
- CELESTINO, S. y JIMÉNEZ, J. (E. p.): *Excavaciones en el yacimiento protohistórico de Cancho Roano, IV. El Sector Norte*.
- CLARKE, D. L. (1977): «Spatial information in Archaeology». En CLARKE (Ed.): *Spatial Archaeology*. Londres. 11-15.
- CORZO SÁNCHEZ, R. (1977): *Osuna de Pompeyo a César. Excavaciones en la muralla republicana*. Sevilla.
- CUADRADO DÍAZ, E. (1969): «Origen y desarrollo de la cerámica de barniz rojo en el mundo tartésico». *V Simposio de Prehistoria Peninsular*. 257-291.
- DOMERGUE, C. (1970): «Un témoignage sur l'industrie minière et métallurgique du plomb dans la région d'Azuaga (Badajoz) pendant la guerre de Sertorius». *XIX CNA*. 608-625.
- (1987): *Catalogue des mines et fonderies antiques de la Péninsule Ibérique*. Série Archéologique, VIII. Madrid. 2 vols.

- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J. e IÑESTA MENA, J. (1985): «Notas sobre los poblados calcolíticos de la comarca de Llerena (Badajoz)». *Homenaje a A. Cánovas Pesini*. Badajoz. 293-306.
- FERNÁNDEZ CORRALES, J. M., SAUCEDA PIZARRO, M. I. y RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (1988): «Los poblados calcolítico y prerromano de Los Castillejos (Fuente de Cantos, Badajoz)». *Extremadura Arqueológica*, I. 69-88.
- GIL-MASCARELL BOSCA, M. y RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (1988): «Materiales de superficie del poblado prerromano de Hornachuelos, en Ribera del Fresno (Badajoz)». *Revista de Estudios Extremeños*, XLIV-III. 573-590.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M. C. (1986): *Las unidades organizativas indígenas del área indoeuropea de Hispania*. Vitoria.
- HURTADO PÉREZ, V. y ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J. (1986): «Prehistoria y protohistoria». *Historia de la Baja Extremadura*. Badajoz. 3-85.
- JIMÉNEZ, A. (1977): «Arquitectura romana de la Bética. I. Introducción al estudio de las fortificaciones». *Symposium de Arqueología Romana*. Segovia. 223-238.
- JIMÉNEZ ÁVILA, F. J. (1990): *Estudio arqueológico del poblado de Hornachuelos (Ribera del Fresno, Badajoz) y su entorno*. Memoria de Licenciatura. Inédita. Cáceres.
- MALLON, J. y MARÍN, T. (1951): *Las inscripciones publicadas por el Marqués de Monsalud (1897-1908)*. Madrid.
- MÉLIDA, J. R. (1925): *Catálogo Monumental de España. Provincia de Badajoz*. Madrid.
- METZLER, J. (1984): «Das treverische Oppidum auf dem Titelberg (Luxemburg)». En ZABERN, Ph. von (Ed.): *Trier Augustusstadt der Treverer*. Mainz am Rhein. 68-78.
- MONSALUD, Marqués de (1898): «Lápidas inéditas». *BRAH.*, XXXII. 151.
- MORETTI, A. (1963): «Mura e Fortificazione». En *Enciclopedia dell'Arte Antica*, V. 254-284.
- ORTIZ ROMERO, P. (1991): «Sondeos y excavaciones en los recintos de tipo torre de La Serena (Badajoz)». *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*. Cáceres. (E.p.)
- RODRÍGUEZ BORDALLO, R. y RÍOS GRANA, A. M. (1976): «Contributa Iulia Ugultuniacum». *V Congreso de Estudios Extremeños*. Badajoz. 147-165.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (1986): *Arqueología de Tierra de Barros*. Mérida.
- (1987): *El poblamiento prerromano en la Baja Extremadura*. Tesis Doctoral. Inédita. Cáceres.
- (1989): «La Segunda Edad del Hierro en la Baja Extremadura: problemática y perspectivas en torno al poblamiento». *Saguntum*, 22. 165-224.
- (1990): *La Ermita de Belén (Zafra, Badajoz). Campaña de 1987*. Mérida.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y BERROCAL RANGEL, L. (1988): «Materiales cerámicos de la Segunda Edad del Hierro del Cantamento de la Pepina (Fregenal de la Sierra, Badajoz)». *CuPAUAM.*, 15. 215-252.
- ROLDÁN HERVÁS, J. M. (1975): *Itineraria Hispana. Fuentes antiguas para el estudio de las vías romanas en la Península Ibérica*. Valladolid-Granada.
- SALINAS DE FRÍAS, M. (1986): *La organización tribal de los Vettones*. Salamanca.
- SCHULTEN, A. (1914-29): *Numantia, I-IV*. Munich. Citado en ABAD CASAL, L., 1987.
- ULBERT, G. (1984): «Cáceres el Viejo. Ein spätrepublicanisches Legionslager in Spanisch-Extremadura». *Madridrer Beitrage*, 11. Mainz.
- YLL AGUIRRE, E. I. (1991): «Análisis polínico del yacimiento de Hornachuelos (Ribera del Fresno, Badajoz)». Inédito.